MÁS ALLÁ DEL OCÉANO

"MÁS ALLÁ DEL OCÉANO"

El mar, ese gran desconocido, infinito, maravilloso y apasionado por muchos, a veces esconde secretos que jamás sabíamos que existían. Esta es la historia de Pedro, un niño de apenas 6 años de edad y que su gran pasión era el mar. Él y su familia vivían en una casita cerca de la costa a orillas de la playa. Su padre, Fran, era pescador y pasaba largas temporadas fuera de casa en un gran buque debido a su trabajo. Su madre, Martina, era quien se quedaba en casa cuidando de Pedro y ambos esperaban ansiosos la llegada de Fran después de pasar varios meses lejos de ellos. Cuando Fran llegaba a casa era como una fiesta, Pedro y su madre no dejaban de abrazarlo y no se separaban ni un minuto de él. Pedro casi no le dejaba hablar contándole todo lo que le había pasado en el cole, jugando con sus amigos... y a la vez no paraba de hacerle preguntas acerca de lo vivido esos meses en el mar. Le preguntaba insistentemente si había visto delfines y tiburones, a lo que su padre respondía que había visto mantarrayas y muchos pececitos de colores.

Mientras cenaban todos juntos, Pedro no paraba de hacer preguntas y hablar de sus ocurrencias en el cole. Fran lo miraba atentamente pero había algo en su mirada que enseguida Martina, su mujer, se dio cuenta. Fran estaba feliz por reencontrarse con su familia, pero su semblante estaba más serio de lo normal. Cuando terminaron de cenar, acompañaron a Pedro hasta su habitación y le dieron el beso de buenas noches. Bajaron hasta el salón y allí Martina y él empezaron a hablar. El director de la empresa pesquera le había propuesto a Fran un ascenso y para ello, la próxima vez cruzarían el Atlántico en busca de más variedad de pescado. Hasta ahí todo parecía ir bien, pero ésto suponía que tendrían que pasar como mínimo unos 9 meses fuera de casa. Fran le dio la noticia a su mujer con cierto nerviosismo porque no sabía cómo se lo iba a tomar. No era una decisión agradable para ninguno, pero realmente necesitaban el dinero y además Martina entendía que era su profesión, pero más que su profesión era su pasión, al igual que la de su hijo.

Martina ya se lo imaginaba por la cara que tenía cuando estaban cenando. Sabía que no iba a ser fácil estar tanto tiempo separados, el tiempo máximo que habían estado había sido 2 meses. Pero lo más difícil iba a ser para Pedro, que adoraba a su padre y lo pasaba muy mal, sobre todo los primeros días cuando se marchaba. Días más tarde, Fran le dio la noticia a su hijo y le prometió que lo iba a llevar siempre en su mente, cada segundo del día y que cuando regresara le iba a contar todos los peces que había visto en ese tiempo.

Pedro a pesar de su corta edad, entendía la situación y llorando se abrazó a su padre. Le dijo que lo iba a echar mucho de menos y sólo le pidió un favor: sólo quería una cosa del mar, una caracola grande, de esas que se oye el sonido de las olas al ponerla en el oído, le dijo el pequeño secando las lagrimas del rostro de su padre con sus pequeñas manitas.

Fran partió aquella misma mañana con el corazón roto en busca de un futuro mejor para su familia. Sabía que iba a ser muy difícil estar separado tanto tiempo de los suyos, pero era un sacrificio que tenía que hacer por ellos.

Mientras, Pedro se entretenía viendo fotos del mar, de cuando jugaba con su padre en la orilla de la playa, cuando se subió un día en el gran buque donde su padre trabaja, fotos de peces...Casi todo el día lo pasaba pensando en el mar y en su padre por supuesto y estaba muy ilusionado con la caracola que le prometió su padre que le traería cuando volviese.

Los días y meses pasaban, Fran y Martina hablaban casi a diario, pero habían pasado 2 semanas desde que hablaron por última vez y Fran no daba señales ninguna. Alarmada por la situación intentó contactar con otros compañeros de su marido, pero también fracasó, era como si estuviesen desconectados del mundo. Días más tarde llegó la fatal noticia:

"Se sospecha que el gran buque Victoria ha naufragado durante una travesía por el océano Atlántico en la madrugada del sábado por causas aún desconocidas. Todos los tripulantes, incluido el capitán de la embarcación, se encuentran desaparecidos en extrañas circunstancias".

El corazón de Martina se partió en mil pedazos al llegarle la noticia, no se lo podía creer. No sabía qué había pasado con su marido y que lo más probable era que ya no iba a volver a casa nunca. Todos sus sueños se fueron con él, pero tenía que seguir adelante por su hijo. Pedro afrontó la noticia con mucha tristeza, pero a la vez con valentía, tenía una fortaleza infinita y dentro de su corta madurez sentía que su padre aún estaba con vida y que algún día volvería a casa.

Pasaron varios años y Pedro ya no era un niño, se había convertido en un muchachito de 19 años. Aunque era un buen estudiante, su gran pasión seguía siendo el mar y las extrañas circunstancias en las que desapareció su padre lo estuvo atormentando toda su vida e hizo que un día decidiera embarcarse mar adentro en busca de respuestas. A su madre no le gustó nada la noticia, pues le aterraba todo lo relacionado con el mar desde que su marido desapareció. Pero también entendía que era la gran ilusión de su hijo desde pequeñito, al igual que su padre.

Pedro se despidió de su madre diciéndole que no se preocupara, que sabía cuidarse y que el mar no era peligroso, sólo que había que saber respetarlo. También le dijo que cuando su padre se marchó, le prometió que le iba a traer una caracola grande y que su padre hubiese hecho todo lo posible para cumplir su promesa, pero que además tenía que saber qué pasó realmente aquella madrugada de sábado cuando desapareció el buque en el que iba su padre y sus compañeros misteriosamente. Tenía que hacer el mismo recorrido que hizo aquel barco, le explicó Pedro a su madre con mucha entereza.

Y ese mismo día, Pedro marchó en un modesto barco que le habían prestado unos amigos de su padre. Era tan feliz de lanzarse al mar, de sentir la brisa en su piel, de rozar el agua que salpicaba su pelo que se había olvidado por completo de los peligros que acechaban también.

Cuando cayó la oscura noche, una fuerte tormenta se desató. Las olas empujaban fuertemente su barco y justo en una de ellas, el barco volcó, con tan mala suerte que el barco se dio la vuelta por completo. Pedro cayó a las frías aguas del océano Atlántico y justo en ese momento vio un halo de luz que salía del fondo marino. Pedro asombrado por la situación se sumergió buscando aquella luz y al momento de tocarla se trasladó en otro escenario. Horas más tarde Pedro despertó a orillas de una silenciosa y solitaria playa, una playa preciosa, de arena blanca y aguas cristalinas. Un arco iris lucía desde el horizonte del mar y el sol relucía más intenso que nunca. Sentado en la arena y desconcertado por aquel momento tan sereno, vio como una sombra se acercaba hacia él. Parecía la silueta de un hombre que caminaba despacio pero con paso firme con algo entre sus manos. Hasta que no se acercó y se agachó hasta su altura no pudo contemplar quién era realmente. Cuando por fin contempló su rostro, pudo ver claramente que era su padre, Fran, aquel humilde pescador que se marchó un día en busca de un futuro mejor para su familia y que por circunstancias desconocidas no pudo regresar jamás. Pedro lo abrazó fuertemente y entre lágrimas su padre le dijo que sabía que algún día iba a volverlo a ver, que no se preocuparan por él, porque estaba en un lugar maravilloso, donde el sufrimiento y el dolor no existían. Pero que él no podía estar allí todavía, que era muy joven y que esa situación le iba a ser muy dolorosa para su madre, a la cual, Fran amaba.

Pedro en ese momento no entendía la situación, no sabía qué decir, todos los años que habían pasado pensaba que su padre estaba muerto. Como el padre vio la cara de desconcierto de su hijo, acercó a sus manos dos grandes caracolas marinas y se las entregó a Fran.

Le dijo que las llevaba siempre con él y que esperaba algún día entregárselas. Fran le contó que una fuerte tormenta hundió el buque y quedaron atrapados dentro de él. La señal de radio dejó de funcionar y ni siquiera pudieron pedir auxilio. Todas sus ilusiones se hundieron en el fondo del mar aquel día. El mar que tanto amaba y apasionaba, lo alejó de su familia para siempre. Fran le dijo que siempre estará con ellos y que cuidara mucho de su madre.

Pedro tomó las caracolas en sus manos, las miró unos minutos intentando asimilar el relato que le estaba contando su padre y cuando quiso volver a girar la cabeza para abrazarlo, ya no estaba, se había marchado, pero lo más curioso es que no dejó ni una sola huella de pisada en la arena. Pedro se levantó de inmediato y miró por todas partes sin resultado. Lo que sí encontró fue su barco anclado en la arena y completamente arreglado. Así que, puso rumbo a su hogar, estaba ansioso por contarle a su madre lo que había vivido y decirle que había visto a su adorado padre.

Fueron varios días los que estuvo navegando Pedro de vuelta a casa. Su madre lo esperaba sentada en la terraza de su casa a orillas de la playa y cuando lo vio sintió una alegría y una tranquilidad enorme, de volver a ver a su hijo sano y salvo.

Martina y Pedro se fundieron en un abrazo, el más sincero amor que existe entre una madre y su hijo, se hizo presente aquella misma tarde. Pedro le contó a su madre todo lo que había vivido en el mar y la historia que su padre le dijo. Al principio Martina dudaba un poco, pero cuando Pedro sacó de su mochila las dos caracolas que le entregó su padre, dos lágrimas cayeron por el rostro de Martina. Pedro al ver llorar a su madre, le cogió las manos y le dijo firmemente que él es feliz allí, que allí no sufre y no hay gente mala, que él iba a cuidarla y que siempre sería su gran amor. Lo que no entendía Pedro era por qué su padre le dio dos caracolas, cuando él sólo de pequeño le pidió una. A lo que la madre le contestó que la otra caracola era para ella, que cuando partió aquel día, también le pidió una gran caracola marina y que él gustosamente también se lo prometió.

Justo en aquel momento entendieron el verdadero significado de la vida, no hay que buscar más allá de tus ilusiones, hay que vivir las ilusiones en el presente y Fran se marchó para buscar un futuro mejor, pero realmente estaba disfrutando de su gran ilusión que era el mar, aquel que un día le dio la felicidad, pero no quiso que volviera a tierra, aquel que hizo que viviera eternamente con él, aquel que extrañamente salvó a su hijo y no dejó que se quedara en sus frías aguas, aquel que dulcemente vivirá por siempre en el recuerdo de Pedro y su madre Martina.

LUNALUZ